

PRECIO DE SUSCRICION.

ARTES Y OFICINAS EN MADRID.

Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por seis id. 21 »
Por un año. 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente a la Administracion y Redaccion, dirigirse al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion. 15 reales
Por seis id. 28 »
Un año id. 50 »
ESTRANJERO, tres meses. 30 »
ULTRAMAR, un año. 6 pesos.

Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

—¿Cuándo viene Zorrilla?

Esta pregunta circula de boca en boca entre los aficionados a la poesía.

A mí me la hacen todos los días infinidad de apreciables sujetos, que se disponen a curiosar la venida del célebre poeta.

—Usted que anda en periódicos, me decía ayer una patrona que he tenido en la calle del Olmo, ¿me sabrá usted decir cuándo viene Zorrilla?

—¿Desea Vd. mucho verlo, doña Ramona?

—Sí señor, como que no he podido olvidar unos versos que compuso antes de dar yo a luz a mi Pura. Mire Vd., eran unos versos sobre Granada, y hablaban de Boabdil y de un moro que quería a una cristiana, y ella se asomaba a la reja, y Boadil cantaba de lo lindo unas coplas morunas, que ya no se componen hoy tan sandungueras. ¡Ay, lo que yo he gozado con aquellas cosas, antes de dar a luz a mi Pura!

Un sastre que se pinta solo para cortar chalecos, me preguntó también por el gran poeta.

—Diga Vd., ¿cuándo vamos a recibir a Zorrilla?

—Cuando Vd. guste, maestro.

—Dicen que viene.

—Es probable, aunque no lo digan.

—¿Y habrá versos, eh?

—¿Dónde?

—Hombre, en la estacion del ferro-carril, ó donde se le reciba. ¡Poquito que me gustan a mí los versos románticos!

Otro me preguntaba:

—¿Es cierto que viene Zorrilla a poner un drama en el teatro del Príncipe?

—Lo pondrá donde le parezca. Lo más seguro, si lo tiene escrito, es que lo ponga sobre la mesa de su despacho.

Otro:

—Compadre, ¿que me cuenta Vd. de Zorrilla?

Otros:

—¿Ha leído Vd. la última composicion de Zorrilla? ¡Vaya unos versos morrocotudos! Y nada menos que a Dios.—Eso es elevarse.

Una viuda.—¿Es soltero Zorrilla?

Un beato.—Zorrilla es un buen cristiano viejo.

Una jamona.—Diga Vd., ¿trae el arpa?

Una pollita.—Mamá, yo quiero una serenata de Zorrilla.

La mamá.—Caya, niña, que cuando venga le pediremos que toque el laur.

Un banquero.—Zorrilla... Zorrilla... Yo conozco un Zorrilla... ¿Ha sido diputado alguna vez?

Un abonado.—Parece que Zorrilla va a leer sus poesías en Jovellanos. ¿A qué turno le tocará?

Una patrona de huéspedes.—Si Zorrilla lee en la Zarzuela habrá fuegos de Bengala. ¡¡Huyuyui!!

Y mientras todos se ocupan de la venida de Zorrilla, él está muy distraído visitando los lugares de su infancia.

Por si llega a sus manos este periódico, bueno será que yo le diga lo que, poco más ó menos, le diría en una carta.

«Sr. D. José: Hágame Vd. el favor de darse una vuelta por la Corte, para satisfacer los deseos de mis respetables conciudadanos. Usted se debe a la patria (¡he dicho algo!) y al buen pagador no le duelen prendas. Llegue Vd. a España, y apenas pisa la frontera nos dirige unos versos diciendo: aquí estoy yo. Pues adelante,

buen mozo, entre Vd. y hablaremos. Pasan días y días; va Vd. a Cataluña, desaparece por los alrededores de Monserrat, le encuentro a Vd. una mañana bañándose en las aguas de la Puda, y vuelve Vd. a hacer mutis. En seguida aparece en Búrgos, luego en Valladolid, ahora me dicen que va Vd. a Portugal. ¿Qué es esto, Sr. D. José? ¡Juega Vd. con nosotros a la gallina ciega? Aquí aguardan a Vd. sus antiguos amigos, y los nuevos que no somos flojos. Desde que Vd. se marchó, la literatura tiene preparada una mesa con manjares de todas clases. Doloras de Campoamor; lindísimas endichas de Selgas; una traduccion del poema de Dante, de Pezuela; letrillas de Santisteban y epigramas de Palacio. También tenemos comedias superiores y zarzuelas por lo fino. ¡Ah, tenemos de todo, bueno y malo! Y eso que ahora hemos venido a ménos; desde que el cólera nos visitó el año pasado, no hemos vuelto a levantar cabeza. Sin embargo, los teatros se van animando, y si Vd. trae por ahí un dramita de los que acostumbra, no sé yo la que se va armar. Con que, no canso mas, y mande usted a su apasionado pretérito, presente y futuro, etc.»

La inundacion del Sena ha causado en Paris extragos de marca mayor.

El agua, con una irreverencia de que hay pocos ejemplos por fortuna, ha echado el resto este año, y los franceses están con ella al cuello.

¿Qué se habrán propuesto las aguas? Porque una de dos cosas: ó no estaban contentas con la madre que Dios les habia dado, ó se han propuesto ver la Exposicion de Paris gratis.

Lo de ménos seria dejarlas entrar con billete de favor si respetaran lo ageno; pero sabido es que las aguas son los únicos alborotadores de oficio que ni se enmiendan ni se arrepienten.

El hombre mismo, que es un sér racional, y á veces razonable, se convierte en un ente feroz siempre que dice:

—¡Agua vá!

La gramática no ha podido definir todavia claramente el limite del agua en singular. ¿Dónde acaba? ¿Dónde, cuándo comienza el plural?

Todos los periódicos de Europa se ocupan de la actitud de Rusia.

Yo creo que la distancia aumenta la actitud de los rusos.

Pero hace tanto tiempo que los contemplamos en la misma actitud, que es muy posible que se cansen.

En cuestiones de actitud, ninguna me sorprende tanto como la actitud que manifiestan los madrileños para abonarse al teatro Real.

Es una actitud que consuela y espanta, que hace reir y llorar.

En Paris se ha representado con gran éxito una comedia de espectáculo, titulada: Los parisienses en Londres.

El día que en Madrid se represente una comedia titulada Los madrileños en Paris, verán Vds. lo que es bueno.

¡El madrileño en Paris! ¡Ya lo creo que será espectáculo!

A propósito de esto, no puedo dejar de hacer mencion del rasgo de un bailarín español.

Hace poco tiempo, muy poco, no sabiendo el bailarín español qué título poner a un baile, lo anunció de esta manera:

Después de la comedia se bailará el gran

Paso de la camama.

El baile fué muy aplaudido, y los franceses salían diciendo:

—¿Qué tal, señora, le ha gustado a Vd. la funcion?

—Mucho, caballero, sobre todo la camama.

Esto es histórico.

Y en resumidas cuentas, váyase esta camama por las muchas que los franceses nos traen a Madrid.

Luis Rivera.

QUIERO SER VIEJO.

I.

Cogito, ergo existo, decian los filósofos; soy hombre, luego ó soy ó he debido ser jóven, digo yo.

Anch'io ho stato giovine.

También corrió para mí ese período fatal de la existencia humana, que se inicia con el bozo en los labios, el sombrero de copa alta en la cabeza, y el sentimiento crítico en el corazón.

También yo, pagando tributo a la naturaleza (cosa que creo es la única que hasta ahora he pagado sin sentirlo), llegué a la edad y condiciones del hombre, después de haber fumado holandilla, enamorado honestas doncellas del servicio doméstico, blasfemado de la perfidia femenil, y escarnecido la amistad, el honor, la sociedad, etc., etc.

Felizmente para mí acabó ese infausto período de la vida.

¡Cómo felizmente! exclamará el lector; ¡hay ninguna otra época de la existencia más halagüeña, más venturosa, más seductora que la juvenil? Esa dichosa edad del calor vital, de las ilusiones, del amor, etc., etc.

Ser jóven, ¿no es ser feliz? Gozar de los placeres que tan largamente ofrece la primavera de la vida, seducir con los atractivos de la edad; cautivar con las primicias del talento; rendir con la fogosidad de las pasiones; ¿no es esto codiciable; encantador, sublime?

Un tiempo fué, durante el cual, yo, como Vds., creí a piés juntillos en las seducciones de tan mágica edad, pero hoy... hoy, todavia en ella, siento la necesidad urgente de abandonarla a pasos agigantados; hoy, en fin, deseo de todo corazón, quiero de todas veras, necesito irremisiblemente alcanzar la vejez, tocar la senectud, ¡ser viejo!

¡Sepan Vds. el por qué de mis extraños deseos.

II.

Apenas nacido a la vida, cuando todavia necesitaba del calor que tan generosamente ofrece el seno materno a toda criatura, hubo un hombre que interesándose ya en mi suerte, depositó en mis rugosas manos los dos primeros ejemplares de la instruccion española,—el silabario y el catecismo del P. Astete.

Desde entonces acá, una série de pesados estudios consumieron mis floridos años, ofreciéndome por todo beneficio un título de licenciado en Letras, y otro de doctor en Leyes y Cánones.

Con estos títulos, y el de mi juventud lozana y aprovechada, me lancé a la cotizacion publica en el mercado social.

Soy jóven, decíame yo, no he perdido el tiempo, y por consiguiente, ha sonado el momento de ser hombre,

de adquirir posición y medios de fortuna. Mis estudios me dan derecho a disfrutar de los honores y recompensas con que brindan el periodismo y el teatro a los que legítimamente llaman a sus puertas. Mis conocimientos jurídicos (por otra parte) me ofrecen el aplauso y el premio con que distingue Themis a los sacerdotes de su culto.

Trabajemos, pues. Y ávido de gloria y de dinero, trabajé durante muchos años, como trabaja el arrendatario de un cafetal.

Y escribí primero artículos serios y jocosos, políticos é impolíticos; después libros de instrucción y de deleite, y por último, comedias, dramas y zarzuelas.

Y nadie compró mis artículos, ni aceptó mis libros, ni representó mis comedias.

Y por consiguiente, yo no gané un cuarto durante aquellos años. La razón, entre otras muchas razones, me aconsejó que cambiase de métró, y me dediqué furiosamente a buscar clientela, ansiando defender al oprimido y oprimir al defensor.

Y no encontré quien me encargase formular un pedimento de cajón.

Pensé entonces en mi desgracia, y tuve la fortuna de conocer la causa de todos mis males.

La causa era... ¡¡¡ser joven!!!
¿Cómo podía ser esto?

Así fue.

Cuando acudí al periodismo, no hubo director que aceptase mis trabajos, porque antes que yo llenaban las columnas de todos los diarios hombres conocidos ya en el estadio de la prensa, y yo era joven, y empezaba a escribir, y por lo mismo no tenía otro nombre que el que me pusieron en la pila.

Cuando penetré en el teatro, rechazaron mis obras, porque ocupadas las empresas y sus directores en el estudio y ensayo de infinitas producciones de los autores más conocidos, no podían ni debían atender a la lectura de un engendro de autor hasta entonces anónimo y vergonzante.

Yo era joven, en tanto que Hartzenbusch y Breton arrastraban con trabajo las babuchas.

Por último, cuando desesperanzado de ser oído busqué clientes, y les ofrecí mis conocimientos, fui rechazado, porque a mis pocos años no era lícito controvertir y discutir en el terreno legal con ilustraciones tan viejas como Cortina y Pacheco, Bautista Alonso y Lerin.

Entonando el *peccavi domine*, corrí un día a llorar mi desgracia en los brazos de un amigo, y... a esta sola casualidad debo el conservarme hoy en perfecto estado de salud y vida.

Este amigo era un amigo que contaba setenta y tres años de edad.

Oyó mis quejas, lloró conmigo mis desventuras, y acudió con sus años al remedio de mis males.

Pidióme un artículo, un libro y una comedia, y tomó a su cargo la defensa de un pleito. Al poco tiempo me enseñó publicado el artículo, impreso el libro y repartida la comedia; al poco tiempo formulaba yo la defensa que él había de hacer en estrados del litigio en cuestión, y poco después, con generosa abnegación, me entregaba íntegro el producto del artículo, del libro y de la comedia, con los honorarios devengados en el pleito.

Desde entonces acá, aquel viejo vive para mí, y yo vivo por él.

Desde entonces los editores, que adivinaron en aquella cabeza cana una inteligencia gastada en el estudio, le abren sus gavetas siempre que les presenta escritos. Los empresarios le aceptan y representan cuantas obras les ofrece, y los litigantes se disputan el privilegio de su defensa.

Desde entonces acá, yo vendo cuanto escribo. Círran, pues, los años, y quiera Dios dar a este mi amigo viejo cuanta vida él desee, y aumentar la mía, para que a su muerte olvide mi oscuridad ante mi calvicie y mis arrugas, y pueda yo exclamar con el poeta:

¡Cedant armi meriti!

Eduardo Saco.

RIÑA DE VECINDAD.

En el pórtico del teatro de la Zarzuela se ha armado un jaleo menudo.

A las voces é improprios que de allí salen se detienen los transeúntes y se acercan a curiosar.

—¿Qué pasa? preguntó a un vecino que alarga el cuello para enterarse de la jarana.

—Nada, dos señoras que se ponen de ropa de pascua: cosas de ellas.

Me acerco más, y veo a dos antiguas conocidas mías sacándose los trapitos a la colada.

Son La Zarzuela y La Comedia.

La Zarzuela.—No me iré: esta casa es mía, me pertenece, y no me harán mudar de domicilio aunque se empeñen juntos todos los despropósitos del año pasado.

La Comedia.—Es mucha mujer esta. Sabe que yo he alquilado el cuarto, que me vengo aquí con todos los trastos que tenía en el Circo, y se empeña en que no he de tomar posesión.

Zarzuela.—Esta casa es mía.

Comedia.—Esta casa es del que la paga.

Zarzuela.—Vea Vd. lo que dice en la puerta.

Comedia.—¿Qué dice? (leyendo).

TEATRO

DE LA

ZARZUELA.

Zarzuela.—¿Lo está Vd. viendo, cara de pocos amigos?

Comedia.—Lo que yo veo es que le voy a romper a Vd. un alon.

Zarzuela.—Mire Vd. que llamo en mi auxilio los guerreros de la *Conquista de Madrid*.

Comedia.—Es que yo sé *Herir en la sombra*.

Zarzuela.—Yo la deslumbro a Vd. con un *Redám-pago*.

Comedia.—Yo la ato a Vd. con *Dulces cadenas*.

Zarzuela.—En soltando yo los *Cómicos de la legua* no hay demonio que los ate.

Comedia.—Si toco la *Campana de la Almudaina*...

Zarzuela.—Si toco la *Campana de la Ermita*...

Comedia.—Si acudo a la *Oracion de la tarde*...

Zarzuela.—Si acudo al *Toque de ánimas*...

Comedia.—En una palabra, yo pago el alquiler y tengo derecho a entrar aquí.

Zarzuela.—En dos palabras, yo he hecho esta casa, es mía y nadie puede echarme de ella.

Comedia.—Que venga el alcalde de barrio.

Zarzuela.—Que vengan los municipales.

(Se presenta el alcalde de barrio con su bastón de borlas.)

El Alcalde.—¿Riña tenemos? En llegando el invierno ya empiezan los teatros a darme que hacer. Ea, basta de alboroto, cada cual por su lado.

Zarzuela.—Señor alcalde, Vd. va a ser juez.

Alcalde.—Yo no puedo ser más que alcalde, y gracias.

Zarzuela.—¿Dónde está Vd.?

Alcalde.—Aquí. ¡Vaya una pregunta!

Zarzuela.—¿Y dónde es aquí? porque esta es la cuestión.

Alcalde.—Aquí es el teatro de la Zarzuela.

Zarzuela.—¡Ajaja! Luego el teatro es mío porque yo soy la Zarzuela.

Alcalde.—La cosa no admite réplica.

Comedia.—Pues yo he tomado el teatro en arriendo, esto tampoco admite réplica, con que no canso más.

Alcalde.—Si Vd. lo ha arrendado es de Vd.

Zarzuela.—¿Y si es suyo, cómo es mío?

Un municipal (al alcalde por lo bajo).—Que ze embrolla uzia.

Alcalde.—También es verdad: a ver, que venga el casero.

(Se presenta el Sr. Salas. La gente quiere aplaudir, pero el alcalde impone silencio diciendo que ahora no está en escena.)

Alcalde.—Digame Vd., señor mío, ¿qué teatro es este?

Salas.—El de la Zarzuela.

Alcalde.—¿Y cómo dice la Comedia que es suyo?

Salas.—Porque se lo he arrendado.

Zarzuela.—¿Y yo me he de quedar en la calle después que con mi sudor se ha construido?

Salas.—Yo tengo mis razones. Con lágrimas de amargura te veo partir, Zarzuela mía, pero, señor alcalde, yo tengo mis razones.

Alcalde.—Ya está todo claro. (A la Zarzuela.) Señora, Vd. *disimule*, pero ya está Vd. aquí de más. El casero manda.

Zarzuela (desesperada).—¿Para cuándo son los *revolvers*?

Salas.—Yo tengo mis razones...

Zarzuela (sale a la calle dando voces, con sus dos hijos de la mano).—¡Esto no puede quedar así! ¡Socorro, vecinos, socorro! Nada, no acude ni una mosca. Sacaré el Cristo. ¡Olona, Vega! Han muerto. ¡Caltañazor! ¡Ni por esas! Pues señor, marchemos, alejémonos, huyamos... (Se despide de sus hijos.) Vosotros, pedazos de mis entrañas, podeis ir a ganáros la vida. Tú, hija mía, al Circo, donde el Sr. Colmenares te dejará en cueros, y tú, rapaz, a ser *bufo*.

Los vecinos.—Pobre familia.

Salas.—Yo tengo mis razones...

Los hijos de la Zarzuela.—Mamá, y Vd. ¿a dónde va?

Zarzuela. (Alzando los ojos al cielo).—¿Yo? ¡Yo me voy a una bohardilla!

Luis Rivera.

ARTES Y OFICIOS.

Todos mis lectores recuerdan que hace dos ó tres años, al verificarse la primera función de toros con que se inauguró la temporada, uno de los diestros, llamado Pepete, fué cogido por un bicho, y muerto casi instantáneamente. Yo lo recuerdo como todos, pues además de conocer a aquel desgraciado, me tocó ser espectador de la catástrofe, que por cierto me quitó las ganas de volver a la plaza en mucho tiempo.

La misma noche del día en que ocurrió tan sensible desgracia, ocurrió también la escena que voy a contaros, y que sirve como de prólogo a mi artículo.

Serian las dos ó las tres de la madrugada, y yo me retiraba a mi casa, tranquilo y solo como tengo de costumbre. Para ir desde el centro de Madrid a mi casa, que estaba entonces en la calle de las Huertas, tenía dos caminos a mi elección; la calle del León y la calle de San Agustín. Aquella noche tomé este último, y pronto mi nariz me dió a entender que había hecho mal. Hacia la mitad de la calle varios trabajadores se ocupaban en limpiar un pozo de aguas inmundas. Poco después de haber sentido el olor del pozo sentí el rumor de su conversación. Hablaban del suceso del día; de la muerte del pobre Pepete. Dos de ellos referían el suceso quitándose el uno al otro la palabra de la boca, al mismo tiempo que ataban al tercero que les escuchaba, y que se disponía a bajar al pozo. Todo el mundo sabe lo peligroso que es el descenso a estos pozos, hasta el punto de que no hay año que no mueran axfisiados cuatro ó seis poceros. Pues bien; después de haber oído la narración de la desgracia de Pepete, y cuando su cuerpo desaparecía ya entre las sombras del inundo agujero, exclamó el trabajador que descendía, lanzando un suspiro que más que del dolor, parecía hijo del deseo de renovar el aire:

—¡Válgame Dios, y qué oficio toman algunas personas!

Es probable que el infeliz que pronunció estas palabras haya perecido a estas horas en alguna de sus investigaciones subterráneas, pero yo conservaré siempre en la memoria su profunda filosofía, que sin duda alguna le llevaba a creer que ningún oficio era comparable al suyo, ni ofrecía tantas comodidades y dulzuras.

La frase del pocero puede aplicarse hoy a muchas gentes que no huelen tan mal como él, pero que andan también por sitios no menos oscuros y peligrosos. Por ejemplo, sea Vd. redactor de un periódico literario, y todos sus amigos dirán a una voz:

—¡Jesús y qué mal oficio ha tomado Fulano!

Sea Vd. comerciante, y sus mismos parroquianos murmurarán:

—Milagro será que este no tenga que mudar de oficio.

Sea Vd. banquero ó capitalista, y al oír la noticia de su quiebra, no faltará quien esclame con el piadoso fin de consolarle:

—Amigo, esos son gajes del oficio.

Sea Vd. actor como lo son la mayor parte de los de este país, y oírá decir a diestro y a siniestro:

—¡Qué perdido va quedando el oficio!

Indudablemente lo que ahora priva son las artes; los oficios están en baja. La civilización nos ha enseñado que todos los oficios son nobles; sin embargo, estoy por el sistema antiguo en que los caballeros hallaban no solamente noble, sino santo oficio. La esfera del arte es mucho más elevada y estensa; desde el buril a la ganza; desde el taleguillo del cambiante a la pluma de oro del economista, los elementos se multiplican y confunden hasta el punto de que un pinche de cocina llegue a parecer un personaje, y uno que apenas serviría para comparsa de un teatro casero se convierta en héroe de melodrama. La frase oficio ha llegado casi hasta ser un insulto; hay quien cree que oficio no es más que un apócope de tres palabras que quieren decir: *¡oh feo vicio!* Y este feo vicio es el vicio de trabajar.

Afortunadamente, para consuelo de los que hacen ligas en un país donde nadie lleva medias; de los que escriben para no ser leídos; de los que dibujan para ser retocados, en medio de la postración a que han llegado los mejores oficios, hay uno que nadie desea, y que es, sin embargo, el más productivo de todos ellos. ¡Así pudiera yo ejercerle mañana a mi gusto!

Ese oficio es el oficio... de difuntos.

M. del Palacio.

ECOS DE MADRID.

El baile del Páramo. Algunos han cerrado sus puertas. La fiesta, que ha terminado la temporada púbrica. La agitación no ha cesado los siguientes datos es...

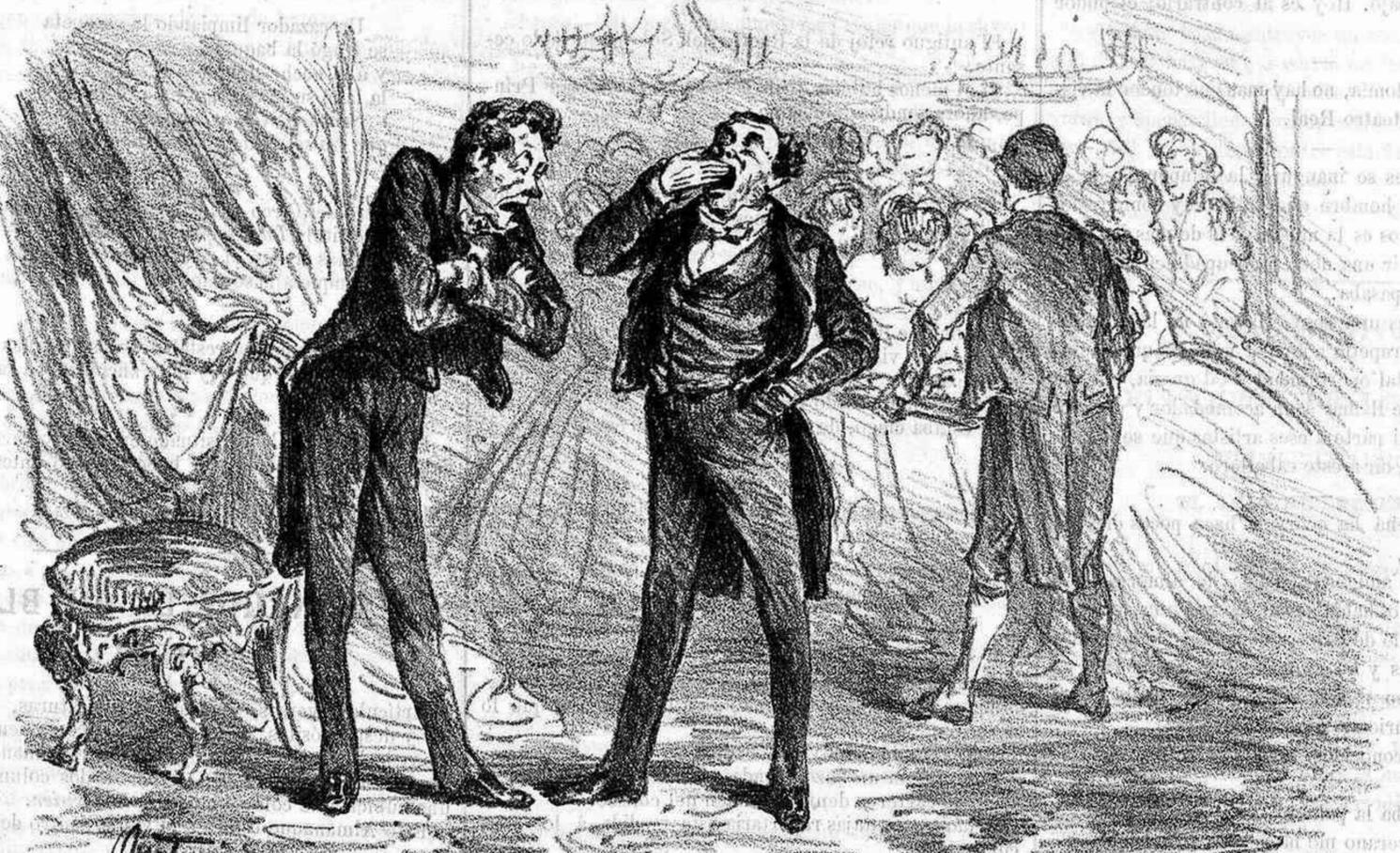
GIL BLAS.

Escenas de baile



Ortega

EL PAPA — Señoras, tengo el honor de presentar á mi hijo Gregorio, que acaba de llegar del pueblo.
UNA SEÑORA — ¿Que opina Vd. de Madrid, jóven?
EL NIÑO — Que hay mucho tunante.
EL PAPA — (Aparte) Ya metió la pata.



Ortega

— ¿Tambien á Vd. se le abre la boca? Veo que se aburre Vd. como yo en este baile. ¿Quiere Vd. que nos vayamos?
— No puedo.
— ¿Por que?
— Soy el dueño de la casa.

ECOS DE MADRID.

El circo del Príncipe Alfonso ha cerrado sus puertas. Es decir, que ha terminado la temporada *plástica*.

Un aficionado me ha ofrecido los siguientes datos estadísticos relativos á dicha temporada.

Se ha calculado en 12,000 el número de saltos que allá se han dado. Saltos de hombre, por supuesto.

Además, 3204 saltos de carnero. Pero dados por hombres, se entiende.

Item: 606 vueltas en el aire.

Item: 302 costaladas (género cómico.)

Total. 5112 bostezos de entusiasmo público.

Las gentes se van reuniendo en los paseos, en los cafés, en los teatros, en los toros y hasta en los templos.

Madrid se anima.

El paseo del Jardín Botánico es un paraíso donde se puede uno ahogar gratis entre aquella deliciosa confusión, donde es tal la apretura, que no se pueden abrir los labios siquiera.

Todos aquellos madrileños felices que se marcharon con viento fresco, vuelven á sus lares.

Nos encuentran flacos, ojerosos.....

Y si nos dicen que hemos cambiado..... ¡vea Vd. que cosa! Tenemos que decirles en seguida:

—¡Pues no hay cambio!

He observado que las pollitas de Madrid que salieron de veraneo, han pelechado, como los canarios.

Conozco diez y siete muchachas que cuando se despidieron de mí eran morenas, y hoy son rubias todas.

Esta transformación me sorprendería si no me la hubieran explicado las siguientes palabras que he pescado al vuelo pasando junto á dos principales damas:

—¿Amiga mía, de qué color se usa este año el pelo?

¡Oh, la moda!

Es una gran cosa. Va desnudando á las mujeres á medida que despluma á los hombres.

¿No han observado Vds. que, ó las mujeres suben ó sus trajes bajan?

Pues esto sucede, sin duda alguna. Cuando el *descote* baja un poco, aumenta un poquito la cola. Nuestras abuelas usaban los vestidos muy cumplidos por arriba y muy escasos por abajo. Hoy es al contrario; el pudor está en baja.

Para estudiar anatomía, no hay mas que tender la vista por la platea del teatro Real.

Hace pocas noches se inauguró la temporada en el teatro Real, y hubo hombre que salió muy conmovido. Como allí lo de menos es la música y lo de más la reunión, apenas pude oír una nota preocupado en mirar lo que á mi alrededor pasaba.

Me sucedió además una cosa. Había á mi lado un joven apreciable que repetía nota por nota las que cantaban en escena, con tal oportunidad y tal gracia, que me ví en la necesidad de llamar á un acomodador y decirle:

—Diga Vd. de mi parte á esos artistas que se callen, porque no me dejan oír á este caballero.

La siguiente escena ha ocurrido hace pocos días en *El Armiño*.

Media docena de amigos acababan de almorzar alegremente. Entre ellos había dos tipos *salientes*. Un viejecito *verde*, conocido de todos y de nadie, conquistador de todas las mujeres y no atendido por ninguna. Y un jovencito provinciano recién llegado de su pueblo, que comía y callaba, sonriendo á todo lo que oía.

Los demás, tipos conocidos. Lo que corre por ahí y se vé en todas partes.

El viejecito llevaba la palabra.

—Señores, este verano me ha pasado un lance.....

Todos.—¡Que se cuente, que se cuente!

—Pues señor, venía yo á Madrid desde los baños de Alhama; en el wagon donde yo me había metido iba una mujer muy guapa; una jamona..... ¿eh? así, gordita, bien parecida, pues señor, al pasar un túnel, me permití besarle la mano, y ella se estuvo quieta.

—¡Bravo!

—Al pasar otro túnel, continuó mis indicaciones; ¡quieta!

—¡Bravísimo!

—Por último, me dice en voz muy baja:—¡Caballero,

que mi marido puede despertarse! Entonces comprendí toda la gravedad del caso; ¡tenía al marido enfrente! A los diez minutos nos despedimos y me ofreció su casa en Sigüenza, calle de.....

(*Aquí el jovencito recién venido del pueblo, interrumpe.*)

—¿Era una señora de Sigüenza?

—Sí señor.

—¿Alta?

—Alta.

—¿Con un lunar junto á la barba?

—Precisamente.

—¡Ji! ¡ji! ¡ji! ¡ya sé quién era! ¡ya sé quién era!

—¿Quién? ¿Quién era? Preguntan todos los concurrentes.

—¡Jé, jé, jé! Ya lo sé...

—Pero ¿podemos saberlo, hombre?

—¡Era mi abuela!

Dejo á la consideración del lector el efecto que produciría la frase.

Dicen que todo lo vence amor, y los hechos comprueban este que no sé si llame proverbio.

Un amigo mío, muy conocido en los círculos de Madrid, ha amado este verano á treinta mujeres. Este trabajo tan continuado le ha apresurado la caída del pelo, y mi amigo, aprovechando la doble coincidencia de haber pedido pelo á todas sus novias, que eran todas morenas, se ha hecho una magnífica peluca, á cuya confección han contribuido aquellas treinta señoritas.

Pero no es eso lo grave, sino que á consecuencia de no sé qué ley magnética, cada vez que mi amigo se tira de los pelos, se oye un grito agudísimo en el seno de treinta familias.

Se anuncian próximos casamientos.

Se suplica el coche.

Eusebio Blasco.

CABOS SUELTOS.

Dice un periódico que en el hospital de San Juan de Dios se están haciendo algunas obras de reparación.

¿En los enfermos?

El antiguo reloj de la Puerta del Sol ha quedado cesante.

Si al menos hubiera trabajado en el teatro del Príncipe, ahora tendría jubilación.

El domingo 7 se reúne la junta de acreedores de los Campos Elíseos en los salones de Capellanes.

Se bailará el zapateado.

Un hebreo llamado Isaac Lechan, que vino á Madrid á curarse la vista, dice un periódico que ha sido robado en la cama.

Es un buen método curativo.

Si estaba ciego, de seguro ha visto las estrellas.

Unas aves que han pasado por Barcelona hacen presagiar á les naturalistas un invierno riguroso.

Estos presagios pueden ser muy graves:

¿Qué demonio dirían esas aves?

En el vestíbulo del teatro Real se ha adornado un gabinete con recado de escribir, para las personas que lo necesitan.

Esta medida es muy importante.

Ahora falta un buzón donde echar las cartas y un servicio de carteros dentro también del coliseo.

¡Cuántas ventajas reportaría esta medida á los concurrentes!

Figurémonos que un joven divisa desde la butaca á su adorado tormento en un asiento de palco.

Va al gabinete, y escribe:

«Julia, no me gusta la cara del que está á tu derecha. O mudas de asiento, ó doy un escandalito.—Tuyo, Alfredo.»

Y Julia le contesta:

«Cómprame una butaca, si quieres que mude de asiento.»

Una señora de palco puede recibir este billete:

«Señora, desde las alturas del Paraíso la veo á usted como á una hada, y eso que mis gemelos se empañan mucho. Aprovecho la ocasión de verla sola con su mamá

para escribirla que me gusta Vd. más que Fraschini. ¡Adio, carísima. ¡No se dignará Vd. echar una mirada á este rincón!

Posdata.—No me confunda Vd. con el que está á mi izquierda, que también es calvo.»

Otra carta, con el sobre *Al primer trompa de la orquesta*, puede decir:

«Señor trompa: Acaba Vd. de dar una nota feroz. Se lo he dicho otras veces, y Vd. sigue trompeteando. Me quejaré á la empresa. *Suyo, el asiento 14 de la delantera de palco.*»

El trompa contesta:

«Señor *asiento de palco*: Me parece que Vd. y yo vamos á acabar á trompazos.»

Creemos que la empresa acogerá benigna nuestros deseos, y el servicio de carteros quedará establecido dentro de poco.

**

Cantares.

Si algún día se perdiera tu retrato, niña bella,

que lo busquen donde esté y de seguro lo encuentran.

Con un amigo me sobra, con un duro me contento,

con una mujer me basta, porque con dos no me atrevo.

Me puse á considerar que tú, vestida de ninfa

como están las de los *Bufos* ¡valiente facha tendrías!

Esa morena que pasa es la flor de la canela,

yo la amo por lo que vale... ¡quince mil duros de renta!

**

Días pasados nos anunció *La Correspondencia* que el trágico español D. Francisco García Luna, iba á ser ajustado por una empresa de provincias.

—Al leer esto, dos amigos de García Luna se preguntaron:

—Oyes, ¿qué tragedia ha representado ese caballero?

—Yo no sé de ninguna, ¿y tú?

—Tampoco.

—Pues entonces, ¿por qué le llaman trágico?

—Te diré; yo creo que es porque tiene muchos trajes.

**

Fábula.

Un cazador limpiando la escopeta se tragó la baqueta,

y á la noche siguiente la lavó su mujer con aguardiente.

Sucedan ciertas cosas en la vida que no son más que entrada por salida.

El teatro del Circo anuncia entre varias obras nuevas una que se titula *La Conquista de Méjico*.

No sabemos si será la de Hernán Cortés ó la de Maximiliano, aunque allá se van.

Parece que se piensa restablecer las antiguas retretas. Me alegraré porque soy muy aficionado á la música.

El puente de Vilches, situado en el ferrocarril de Andalucía, se ha hundido, sin haber pasado antes un simple recado de atención.

Hay quien cree que padecía de los ojos.

ALMANAQUE DE GIL BLAS

PARA 1867

Artículos, versos, epigramas, caricaturas, apópsitos y despropósitos, todo guisado y condimentado por los redactores de GIL BLAS y *adláteres*, formando un volumen elegantísimo de 64 páginas á dos columnas, con una cubierta de color dibujada á la *dernier*.

Este Almanaque estará á la venta dentro de muy pocos días, á 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

GRATIS para los suscritores de un año á GIL BLAS.

Los corresponsales de provincia pueden hacer los pedidos con las mismas condiciones que el año próximo pasado.

Editor responsable, D. JOSÉ PÉREZ.

MADRID: 1866.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CEBEZA, 27.